

cion manifiesta ser amante sincero y fervoroso de la Inmaculada.

No; la Iglesia y su cabeza visible, no cambiarán de ruta, sino que seguirán por la espinosa senda andada por su divino fundador, á despecho del infierno, que para ponerles asechanzas, como otro Proteo, toma todas las formas, y ya se disfraza de piedad, ya de admiracion, ya de celo, ya de virtud. Empero no consigue más, que caer en las redes y enredarse en los lazos que tiende.

Algo sobre teatro. La compañía italiana está haciendo prodigios; y sin embargo, pocos, muy pocos van á deleitarse al Nacional, donde el arte tiene levantado su trono. ¿Qué sucede? La clase militar que es numerosa y que recibe su prás, y que no se ocupa en orar por las noches, no manda allí ni sus presillas, ni sus charreteras, ni sus bandas. Tuxtepec armado, no tiene corazon de artista, ni gusta de las magestuosas glorias de Melpomene. Hay cerca de doscientos diputados, y más de media centena de senadores, cuyo bolsillo suena y relumbra; y son nones, y no llegan á tres, los que se resuelven á considerar en su presupuesto de egresos la partida de diez pesetas, con cargo á Momo. Tuxtepec togado, tampoco está, por el arte, ni por las fuertes emociones de la tragedia, ni del drama. ¿Qué se ha de hacer! A cada cual lo arrastra su inclinacion; y la inclinacion de los hombres que pueden hoy gastar, los arrastra á ellos lo sabrán, pues á nosotros nada nos importa.

Las dos piezas más notables que se representaron en esta semana fueron el «Suplicio de una mujer» de Girardin y el «Hamlet» del afamado Shakespeare.

En la primera, la Sra. Pezzana y Ferranti obtuvieron un verdadero triunfo. Nunca habíamos visto más verdad en las angustiosas torturas de una esposa, que la expresada en los gestos y en los ademanes por la Pezzana. Ella, con el estudio y el talento, ha sorprendido los secretos de la naturaleza, y conseguido que la ficción se vista y engalane con las propias vestiduras de la realidad.

En «Hamlet» estuvo admirable. Quien hubiese ignorado que el papel del joven príncipe era desempeñado por mujer, habría quedado en la inteligencia, despues de la representación, que había sido un hombre el que tan varonilmente se entristecía, se irritaba, se espantaba y se batía. La mujer olvidó, nos abemos cómo, la apostura y los movimientos, las acciones, y maneras propias de su sexo. La Pezzana hace lo que quiere. En la escena es una especie de omnipotencia. Nada se le resiste. Es el mayor elogio que puede hacerse de una artista. Habrá quien la iguale, pero no quien la aventaje.

Con resolucion estampo.
Si, Enrique, no encuentro vida
Como la vida del campo.
Ya á la eviilancia me rindo;
Ya sin esfuerzo, á mi edad,
Da vanidades prescindo:
Ya me aburre de lo lindo
El trajin de la ciudad.

¿Qué mudanza en mis deseos!
No aspiro á vanos trofeos:
¿Quién dirá que fué mi norte
Y mi delicia la corte
Con sus locos devaneos?
¿Hace tres lustros....! y ahora
Lo que me agradó me espanta,
Que en mi otro espíritu mora:
Hoy la soledad me encanta
Y el silencio me enamora.

Otros gustos más senillos
Hallé al mudar de bisiesto;
No me ofuscan falso brillos....
Por esto, Enrique, por esto
Votop Garrapinillos (1).
¿No es preferible esta calma
A la inquietud que sentí?
¿No está aquí del bien la palma?
¿Qué más queremos, si aquí
Se encuentra la paz del alma?

A Fray Luis, con sinrazon,
Motejó indiscreto el labio;
No cabe vacilacion:
Hoy confieso que era un sabio
El buen Fray Luis de Leon.

Avergonzado y confuso,
Perdon á sus manes pido
Y el mea culpa no excuso;
Lo del mundanal ruido
Es un principio inconcuso.

Dulce reposo, aura pura,
Ilimitado horizonte....
¿Qué dicha al alma procura
El cuadro de esta llanura
Ceñida por aquel monte!

Del sol el último rayo,
¿Qué lien parece, á lo lejos,
Entre brumas, de soslayo,
Dorando con sus reflejos
La alta cumbre del Moncayo!

Contra esta grata emocion
Protestarán más de cuatro,
Optando ¡qué aberracion!
Por cierta decoracion
Que vieron en un teatro....

No hace falta aquí esa gente:
¿Vaya bendita de Dios,
Del mundo con la corriente,
En tanto que aquí los dos
Departimos dulcemente!

De la ciudad importuna
Hasta la memoria pierdo,
Y tengo por gran fortuna
Que no haya cuestion alguna
En que no estemos de acuerdo.

Servo de sus ilusiones
Viva quien en ellas fia;
Tú, como yo, no pospones
Esta placida armonia
Al hervir de las pasiones.

Nos uñe á su carro impio
La Ambicion por un momento,
Mas su empozado aliento
Despues engendra el vacio,
¿Quizas el remordimiento!

Y la Gloria, ¿qué promete
A las misereros humanos?
Ilusiones.... sueños vanos,
Y, cuando más, un juguete
Que se rompe entre las manos.

¿Y la Avaricia nefanda?
¿Y el Orgullo, que en su anhelo
Aspira á escalar el cielo?...
Pero, Señor, ¿quién me manda
Reinontar tan alto el vuelo?

De sublimidades huyo!
Si quieres que lo demuestre,
Con esta quintilla arguyo,
Liana, sencilla, campestre,
Y como empecé concluyo.

Por esta vida me alampo:
Mi opinion, bien definida,
Con ruda franqueza estampo:
La verdad....; no encuentro vida
Como la vida del campo!

J. Federico Montadas.

Garrapinillos, Octubre 1877.

EL PAN DEL ALMA.

Quando dejé los floridos valles donde se meció mi cuna, cuando salí de nuestro alegre caserío para atravesar los mares, al arrodillarme á tus piés para que, como celeste rocío descendiera tu bendicion sobre mi frente, madre mia muy amada, colgaste de mi cuello el escapulario de Maria Inmaculada, y con una ternura y una emocion infinitas, despues de muchos besos y de muchas caricias, me dijiste señalándome al cielo: «hijo mio, no olvides que aquella es la verdadera patria; no pierdas la fé de tus mayores: trabaja y vuelve digno de mí, porque si llegases á olvidar las máximas que te inculqué desde la infancia, moriría de dolor.»

¿Recuerdas lo que hice, madre? ... Permite que lo repita en esta carta: oculté entre los blancos pliegues de mi camisa el escapulario, que por su hermoso color azul, me pareció un pedazo de cielo, le estreché sobre mi corazon y te prometí que jamás lo separaría de mí y siempre rezaría siquiera aunque fuese una Ave-Maria á la reina de las vírgenes; besé tu mano, que tantas y tantas veces me bendijo con maternal solocidad, y te ofrecí solemnemente que no olvidaría tus consejos, que guardaría el sagrado depósito de la fé de mis abuelos con el afan con que guarda el avaro sus tesoros; y por último, que ántes que dejara de ser bueno, honrado y cristiano, volvería á tu lado para compartir tu pobreza, renunciando á la idea de hacer fortuna.

Ay madre! ... cuánto recuerdo estas psomesas! ... Si supieses que sufro mucho por cumplirlas! ... Mira, voy á abrirte mi corazon y á referirte cuanto me ha pasado desde el día tristísimo de nuestra separacion.

¿Por qué dejé nuestro pobre caserío? ¿por qué adquiri una educacion superior á la de aquellas pobres gentes que en él viven y sobre todo, por qué vine á América?

Ah! vine por hacer fortuna, por mejorar tu suerte, para ver si podia ser el apoyo de tu vejez y proporcionarte comoidades que no tienes, madre mia; bien sabes que solo por esto pude resolverme á dejar á Vizcaya: por mí, jamás lo hiciera.

Quando empezó á andar el vapor que debia conducirme á estas playas, no pude menos que derramar lágrimas;—tributo de un corazon tierno al recuerdo santo de su familia, de su país, de sus amores ...!—Algunos pasajeros que estaban cerca de mí se mofaron de mi llanto.

«Llorar un hombre! ... oi que decian: ¡oh! los hombres debemos ser de estuco; no podemos tener corazon ni demostrar nuestros sentimientos, ni decir lo que sufrimos. ... ¡Yo no les hice caso, y sin dirigirlas ni una palabra ni una mirada me entregué á tristes y dulces cavilaciones. ... pensaba en tí, madre, en mi hermana, y en esa pobre Isabel que aguarda mi vuelta confiada en mis promesas de eterno amor; pensando en vosotras, ya no tuvo ni un recuerdo para toda aquella gen-

te: pudiera decir que me había aislado la Iglesia á sus dependientes ni estos pretenden ir.

Entonces recordaba que aborrecias el vapor, que detestabas los viajes, y más de una vez te había oído decir que hombre debe morir en la tierra que nació y que para nada necesitamos del ferrocarril, los vapores y las ventajas del progreso moderno.

Pobre madre. ...! No, no haces bien en aborrecer esas cosas; pero. ... me separo de mi propósito que es el de manifestarte cuanto me ha sucedido desde que me alejé de tí, y quiero abandonar inútiles digresiones.

Tres días despues de salir del puerto estalló una furiosa borrasca: entonces acordé mucho de vosotras y me encomendé á Dios, esperanza única de los desgraciados navegantes; entonces recordé aquellos versos que dicen:

El que no sepa rezar,
Que vaya por esos mares,
Y verá que pronto aprende
Sin enseñárselo nadie.

Quando despues de algunas horas de angustia y de peligro terrible cesó la tempestad, bendije al cielo desde el fondo de mi corazon y me pregunté qué harían los que nada creen, cuando los hiera la desventura.

Llegué á América, y empezó á conocer que tenias razon cuando tanto temías por mí, cuando tantos dolores me anunciabas, cuando me dijiste que era difícil, muy difícil, que no perdiése el temor de Dios y las buenas ideas que tú me hiciste adquirir.

Madre, parece que el Dios de estas gentes entre quienes vivo, no es el Dios de nuestros padres!

Su fé no es la nuestra. Mejor dicho, no tienen fé. ¿Qué ha sido de ella? ... ¿La perdieron entre las borrascas de la vida, se las arrebató el que dirán? la hizo trizas el respeto humano y la hundió en la noche del no ser, la helada y cruel indiferencia?

Aquellos jóvenes que allí en esa hermosa tierra van á misa todos los días de precepto, observan los mandamientos de la Iglesia y por nada ni por nadie desjarian de hacerlo, aquí de nada de esto se acuerdan.

Al ver que yo voy al templo, que llevo al cuello el escapulario de la Virgen, que hago la señal de la cruz y que rezo; al ver que en estos días guardo el ayuno que nos prescribe la Iglesia, observo las vigiliass y me acerco á recibir los sacramentos, una lluvia de chistes, de insolencias y de sarcásticas burlas cae sobre mí, causándome gran pena—por que considero su desgracia—pero grande alegría porque padezco persecucion por la justicia y de estos es el reino de los cielos.

Me llaman beato, hipócrita y santurron: creen que soy un ignorante y se mofan de mí se mofaron de mi llanto. «Llorar un hombre! ... oi que decian: ¡oh! los hombres debemos ser de estuco; no podemos tener corazon ni demostrar nuestros sentimientos, ni decir lo que sufrimos. ... ¡Yo no les hice caso, y sin dirigirlas ni una palabra ni una mirada me entregué á tristes y dulces cavilaciones. ... pensaba en tí, madre, en mi hermana, y en esa pobre Isabel que aguarda mi vuelta confiada en mis promesas de eterno amor; pensando en vosotras, ya no tuvo ni un recuerdo para toda aquella gen-

te: pudiera decir que me había aislado la Iglesia á sus dependientes ni estos pretenden ir. Entre los fieles de todas clases y condiciones que cumplen con la ley de Dios, ¿Acaso no son cristiano? ¿Crees que dudas? ... No, madre. no lo creas: la prueba está en que si van allí, vuelven otra vez al templo, de nuevo van á doblar la rodilla á los piés de un ministro de los altares y se avergüenzan de que se sepa la conducta que observaron aquí. ¿Cómo se explica esto? Lo ignoro, pero voy á decirte lo que he pensado para disculparlos algo, para no juzgarlos severamente. Cuando vienen esos pobres jóvenes, criados y nutridos con la sávia de la religion cristiana, madre mia; cuando llegan, niños todavía, que dejan el hogar paterno y se alejan, y abandonan el regazo de su madre, para buscar fortuna—esa fortuna que muchos compran, vendiendo su alma á Satanás!—se encuentran con que no van á misa los mayores que debieran dar ejemplo: hallan el hielito del escepticismo y de la indiferencia, cubriendo como negro sudario el corazon de los que van á ser sus compañeros de trabajo, escuchan protestas contra la fé, ven ejemplos malísimos y oyen resonar en sus oidos palabras odiosas, blasfemias horribles, negaciones de todo lo más santo y más sublime que nos enseña la piedad cristiana. Ven que no van á misa ni á confesarse, ni observan los mandamientos, y ellos hacen lo mismo; ven en la mesa carne es un día en que no debe comerse, y á no ser que se priven de alimentarse, forzoso es que la prueben: los dicen que esas beaterias están buenas para aquellas tierras y no para estas,» y les escuchan; al principio se extrañan, lo sienten, y quisieran seguir sus buenas costumbres; pero el que dirán! el respeto humano que pierden á tantos, la burla que les persigue, la contradiccion y la duda impia les aplastan: ceden, madre; poco á poco van acostumbrándose, y ya no se les da nada, ya llegan á reforzar ellos tambien el ejército de contrarios de Cristo, de amadores del delito y del cómodo indiferentismo. ¿Qué dirán si me ven ir á misa y confesar? dicen algunos cuya conciencia no ha enmudecido todavía y que sienten remora de no cumplir sus deberes de cristianos: se burlarán de mí; además, no tengo tiempo, desde muy temprano me dedico al trabajo, y tendria que faltar á él, incurriendo en el desagrado de mis superiores. No voy á misa, porque no puedo. ¿Crees esto, madre mia? Pues no es así: no van al templo, porque no quieren, y no porque no pueden; si se mofan de ellos, que no hagan caso; si los dicen tontos, gazmoños y beatos, que se enorgullean de padecer por la fé, que bien vale esta algun sacrificio, y las burlas y las amenazas no quebrantan huesos, como suele decirse; por último, que no codan desde el primer día, que los encuentren fuertes y dispuestos á conservar sus creencias á despecho de todo, y se cansarán de hacerles burla, y les dejarán en paz. No tienen tiempo, dicen, de ir á misa: esto no es cierto; que se levanten una hora antes de lo que acostumbran en los días

Varias Cosas

VIDA CAMPESTRE.

(AL BARON DE LA LINDE.)

Sentado en mullido césped,
De estos oimos al abrigo,
Quiero departir contigo,
Buena y cariñoso huésped
Y más cariñoso amigo.

Por esta vida me alampo,
Mi opinion, bien definida,

(1) Así se llama una propiedad del baron, á 12 kilómetros de Zaragoza.